

Grijalva, huen pro, huen pro le haga, para en uno son, yo los junto y los bendigo; y tomando de la mano de la niña, se la acomodaba á D. Félix: de lo cual se encolerizó tanto la vieja, que quitándose un chapin, comenzó á dar á la Grijalva como en real de enemigos; la cual viéndose maltratar, echó mano de las tocas de Claudia, y no la dejó pedazo en la cabeza, descubriendo la buena señora una calva mas lucia que la de un fraile, y un pedazo de cabellera postiza que le colgaba por un lado, con que quedó la mas fea y abominable catadura del mundo. Viéndose maltratar así de su criada, comenzó á dar grandes alaridos y voces, apellidando á la justicia; y al primer grito, como si fuera cosa de encantamento, entró por la sala el corregidor de la ciudad, con mas de veinte personas, entre acompañados y corchetes: el cual, habiendo tenido soplo de las personas que en aquella casa vivian, determinó visitallas aquella noche, y habiendo llamado á la puerta, no le oyeron, como estaban embebecidas en sus pláticas, y los corchetes con dos palancas, de que de noche andau cargados para semejantes efectos, desquiciaron la puerta, y subieron tan queditos, que no fueron sentidos; y desde el principio de los documentos de la tia, hasta la pendencia de la Grijalva estuvo oyendo el corregidor sin perder un punto; y así, cuando entró dijo: Descomedida andais con vuestra ama, señora criada. ¡Y como si anda descomedida esta bellaca, señor corregidor, dijo Claudia, pues se ha atrevido á poner las manos do jamas han llegado otras algunas desde que Dios me arrojó á este mundo! Bien decis que os arrojó, dijo el corregidor, porque vos no sois buena sino para arrojada. Cubrios, honrada, y cúbranse todas, y vénganse á la cárcel. ¡A la cárcel, señor! ¿Por qué? dijo Claudia. ¿A las personas de mi calidad y estofa úsase en esta tierra tratalas desta manera? No déis mas voces, señora, que habeis de venir sin duda, mal que os pese, y con vos esta señora colegial trilingüe en el disfrute de su heredad. Que me maten, dijo la Grijalva, si el señor corregidor no lo ha oido todo; que aquello de las tres pringües, por lo de Esperanza lo ha dicho. Llegóse en esto D. Félix y habló aparte al corregidor, suplicándole no las llevase, que él las tomaba en fiado. mas no pudieron aprovechar con él los ruegos, ni ménos las promesas.

Empero quiso la suerte que entre la gente que acompañaba al corregidor venian los dos estudiantes manchegos, y se hallaron presentes á toda esta historia; y viendo lo que pasaba, y que en todas maneras habian de ir á la cárcel Esperanza, Claudia y la Grijalva, en un instante se concertaron entre sí en lo que habian de hacer; y sin ser sentidos se salieron de la casa, y se pusieron en cierta calle tras canton por donde habian de pasar las presas, con seis amigos de su traza y que luego les deparó su buena ventura, á quienes rogaron les ayudasen en un hecho de importancia contra la justicia del lugar, para cuyo efecto los hallaron mas prontos y listos que si fuera para ir á algun solemne banquete. De allí á poco asomó la justicia con las prisioneras, y ántes que llegasen, pusieron mano los estudiantes con tal brio y denuedo, que á poco rato no les esperó porqueron en la calle, si bien no pudieron librar mas que á la Esperanza: porque así como los corchetes vieron trabada la pe-

lea, los que llevaban á Claudia y á la Grijalva se fueron con ellas por otra calle, y las pusieron en la cárcel. El corregidor, corrido y afrentado, se fué á su casa, D. Félix á la suya, y los estudiantes á su posada. Y queriendo el que habia quitado á Esperanza á la justicia gozarla aquella noche, el otro no lo quiso consentir, ántes le amenazó de muerte si tal hiciese.

¡Oh milagros del amor! Oh fuerzas poderosas del deseo! Digo esto, porque viendo el estudiante de la presa que el otro su compañero con tanto ahinco y véras le prohibia el gozalla, sin hacer otro discurso, y sin mirar cuál le estaba lo que queria hacer, dijo: Ahora pues, ya que vos no consentis que yo goce á la que tanto me ha costado, y no queréis que por amiga me entregue en ella, á lo ménos no me podréis negar que como á mujer legítima no me la habeis, ni podeis, ni debeis quitar; y volviendo á la moza, á quien de la mano no habia dejado, le dijo: Esta mano, que hasta aquí os he dado, señora de mi alma, como defensor vuestro, ahora, si vos queréis, os la doy como legítimo esposo y marido. La Esperanza, que de mas bajo partido fuera contenta, al punto que vió el que se la ofrecia, dijo que sí y que resí, no una, sino muchas veces, y abrazóle como á su señor y marido. El compañero, admirado de ver tan extraña resolucion, sin decirles nada se quitó de delante y se fué á su aposento. El desposado, temeroso de que sus amigos y conocidos le estorbasen el fin de su deseo y le impidiesen el casamiento, que aun no estaba hecho con las debidas circunstancias, aquella misma noche se fué al meson donde posaba el arriero de su tierra. Quiso la buena suerte de Esperanza que el tal arriero se partia al otro dia por la mañana, con el cual se fueron; y segun se dijo, llegó á casa de su padre, donde le dió á entender que aquella señora que allí traia era hija de un caballero principal; y que la habia sacado de casa de su padre, dándole palabra de casamiento. Era el padre viejo, y creyó fácilmente cuanto le decia el hijo; y viendo la buena cara de la nuera, se tuvo por mas que satisfecho, y alabó como mejor supo la buena determinacion de su hijo.

No le sucedió así á Claudia, porque se le averiguó por su misma confesion, que la Esperanza no era su sobrina ni parienta, sino una niña á quien habia tomado de la puerta de una iglesia, y que á ella y á otras, que en su poder habia tenido, las habia vendido por doncellas muchas veces á diferentes personas, y que desto se mantenía y esto tenia por oficio y ejercicio. Averiguósele tambien tener sus puntas de hechicera, por cuyos delitos el corregidor la sentenció á cuatrocientos azotes y á estar en una escalera, con una jaula y corozca en medio de la plaza; que fué el mejor dia que aquel año tuvieron los muchachos de Salamanca.

Súpose luego el casamiento del estudiante; y aunque algunos escribieron á su padre la verdad del caso y la calidad de la nuera, ella se habia dado con su astucia y discrecion tan buena maña en contentar y servir al viejo suegro, que aunque mayores males le dijeran della, no quisiera haber dejado de alcanzarla por hija: tal fuerza tienen la discrecion y la hermosura. Y tal fin y paradero tuvo la señora Claudia de Astudillo y Quiñones, y tal le tengan todas cuantas su vida y proceder tuvieren.

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

DEDICATORIA

Al duque de Béjar, marques de Gibraleon, conde de Benalcázar y Bañares, vizconde de la Puebla de Alcocer, señor de las villas de Capilla, Curiel y Burguillos.

En fe del buen acogimiento y honra que hace vuestra Excelencia á toda suerte de libros, como príncipe tan inclinado á favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y granjerías del vulgo, he determinado de sacar á luz el *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* al abrigo del clarísimo nombre de vuestra Excelencia, á quien, con el acatamiento que debo á tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su proteccion, para que á su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudicion de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos, que no conteniéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con mas rigor y ménos justicia los trabajos ajenos: que poniendo los ojos la prudencia de vuestra Excelencia en mi buen deseo, fio que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

PROLOGO.

DESOCUPADO lector: Sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo y mas discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir la órden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mio, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno; bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las musas mas estériles se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo, que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas, ántes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta á sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que aunque parezco padre, soy padrastro de *Don Quijote*, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carisimo, que perdones ó disimules las faltas que en este mi hijo vieres, pues ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el mas pintado, y estás en tu casa, donde eres señor della, como el rey de sus alcabalas, y sabes lo que comunmente se dice, que debajo de mi manto al rey mato. Todo lo cual te exenta y hace libre de todo respeto y obligacion, y así puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calumnien por el mal ni te premien por el bien que dijeres della.

Solo quisiera dárte la monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te sé decir, que aunque me costó algun trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefacion que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribilla, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diria, entró á deshora un amigo mio gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa, y no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que

había de hacer á la historia de *Don Quijote*, y que me tenia de suerte, que ni queria hacerle, ni ménos sacar á luz las hazañas de tan noble caballero. Porque ¿cómo quereis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo, cuando vea que al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora con todos mis años á cuestras con una leyenda seca como un esparto, ajena de invencion, menguada de estilo, pobre de concetos, y falta de toda erudicion y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platon y de toda la caterva de filósofos, que admiran á los leyentes, y tienen á sus autores por hombres leídos, eruditos y elocuentes? ¡Pues qué cuando citan la divina Escritura! No dirán sino que son unos santos Tomases y otros doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglon han pintado un enamorado distraído, y en otro hacen un sermónico cristiano, que es un contento y un regalo oírle ó leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo qué acotar en el margen, ni qué anotar en el fin, ni ménos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos por las letras del A, B, C, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte, y en Zóilo ó Zeuxis, aunque fué maldiciente el uno y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de sonetos al principio, á lo ménos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas ó poetas celebérrimos. Aunque si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos, yo sé que me los darian, y tales, que no los igualasen los de aquellos que tienen mas nombre en nuestra España.

En fin, señor y amigo mio, proseguí, yo determino que el señor *Don Quijote* se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me halló incapaz de remediarlas por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltron y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspension y elevamiento en que me hallastes: bastante causa para ponerme en ella la que de mí habeis oído. Oyendo lo cual mi amigo, dándose una palmada en la frente y disparando en una larga risa, me dijo: Por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que há que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones. Pero ahora veo que estáis tan léjos de serlo como lo está el cielo de la tierra.

¿Cómo que es posible, que cosas de tan poco momento, y tan fáciles de remediar, puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho á romper y atropellar por otras dificultades mayores? A la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Quereis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y veréis cómo en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decís que os suspenden y acobardan para dejar de sacar á la luz del mundo la historia de vuestro famoso *Don Quijote*, luz y espejo de toda la caballería andante. Decid, le rephqué yo, oyendo lo que me decia, ¿de qué modo pensais llenar el vacío de mi temor, y reducir á claridad el caos de mi confusion? A lo cual él dijo: Lo primero en que reparais de los sonetos, epigramas ó elogios que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mismo tomeis algun trabajo en hacerlos, y despues los podeis bautizar y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al preste Juan de las Indias ó al emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fuéron famosos poetas: y cuando no lo hayan sido, y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detras os muerdan y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedis, porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay mas sino hacer de manera que vengan á pelo algunas sentencias ó latines que vos sepais de memoria, ó á lo menos que os cuesten poco trabajo el buscarlos, como será poner, tratando de libertad y cautiverio:

Non bene pro toto libertas venditur auro.

Y luego en el margen citar á Horacio, ó á quien lo dijo. Si tratáredes del poder de la muerte, acudid luego con:

Pallia mors æquo pulsat pede pauperum tabernas,
Regumque turres.

Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entráos luego al punto por la Escritura divina, que lo podeis hacer con tanto de curiosidad, y decir las palabras por lo ménos del mismo Dios: *Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros*. Si tratáredes de malos pensamientos, acudid con el Evangelio: *De corde exeunt cogitationes male*. Si de la instabilidad de los amigos, ahí está Caton que os dará su dístico:

Donec eris felix, multos numerabis amicos,
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho el día de hoy. En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeis hacer desta manera. Si nombráis algun gigante en vuestro libro, hacelde que sea el gigante Goliath, y con solo esto, que os costará casi nada, teneis una grande anotacion, pues podeis poner: *El gigante Goliath ó Gohat fué un filisteo á quien el pastor David mató de una gran pedrada en el valle de Terebinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes, en el capítulo que vos halláredes que se escribe.*

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y veréis luego con otra famosa anotacion, poniendo: *El rio Tajo fué así dicho por un rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinion que tiene las arenas de oro, etc.* Si tratáredes de ladrones, yo os daré la historia de Caco, que la sé de coro: si de mujeres ramera, ahí está el obispo de Mondoñedo, que os prestará á Lamia, Laida y Flora, cuya anotacion os dará gran crédito: si de crueles, Ovidio os entregará á Medea: si de encantadoras y hechiceras, Homero tiene á Calipso, y Virgilio á Circe: si de capitanes valerosos, el mismo Julio César os prestará á si mismo en sus comentarios, y Plutarco os dará mil Alejandro. Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepais de la lengua toscana, toparéis con Leon Hebreo, que os hincha las medidas; y si no quereis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa teneis á Fonseca, *Del Amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el mas ingenioso acertare á desear en tal materia. En resolucion, no hay mas sino que vos procureis nombrar estos nombres, ó tocar estas historias en la vuestra que aqui he dicho, y dejadme á mi el cargo de poner las anotaciones y acotaciones, que yo os voto á tal de llenaros los márgenes y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos ahora á la citacion de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habeis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decís. Pues ese mismo abecedario pondréis vos en vuestro libro; que puesto que á la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teniades de aprovecharos dellos, no importa nada; y quizá alguno habrá tan simple que crea que de todos os habeis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra. Y cuando no sirva de otra cosa, por lo ménos servirá aquel largo catálogo de autores á dar de improviso autoridad al libro. Y mas, que no habrá quien se ponga á averiguar si los seguistes ó no los seguistes, no yéndole nada en ello. Cuanto mas, que si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le faltan, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada S. Basilio, ni alcanzó Ciceron; ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología; ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutacion de los argumentos de quien se sirve la retórica; ni tiene para qué predicar á ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningun cristiano entendimiento. Solo tiene que aprovecharse de la imitacion en lo que fuere escribiendo, que cuanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira mas que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para qué andeis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oracion y período sonoro y festivo, pintando en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, vuestra intencion; dando á entender vuestros concetos, sin intrincarlos y escurecerlos. Procurad tambien que leyendo vuestra historia el melancólico se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invencion, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta á derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos mas; que si esto alcanzáredes, no habriades, alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decia, y de tal manera se imprimieron en mi sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y dellas mismas quise hacer este prólogo, en el cual verás, lector suave, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso *Don Quijote de la Mancha*, de quien hay opinion por todos los habitantes del distrito del campo de Montiel, que fué el mas casto enamorado y el mas valiente caballero que de muchos años á esta parte se vió en aquellos contornos. Yo no quiero encarecer el servicio que te hago en darte á conocer tan notable y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza su escudero, en quien á mi parecer te doy cifradas todas las gracias escudileras que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud, y á mí no olvide. Vale.

AL LIBRO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

URGANDA LA DESCONOCIDA.

Si de llegarte á los bue-
Libro, fueres con letu-
No te dirá el boquiru-
Que no pones bien los de-
Mas si el pan no se te cue-
Por ir á manos de idio-
Verás de manos á bo-
Aun no dar una en el cla-
Si bien se comen las ma-
Por mostrar que son curio-
Y pues la experiencia ense-
Que el que á buen árbol se arri-
Buena sombra le cobi-
En Béjar tu buena estre-
Un árbol real te ofre-
Que da principios por fru-
En el cual florece un du-
Que es nuevo Alejandro Ma-
Llega á su sombra, que á osa-
Favorece la fortu-
De un noble hidalgo manche-
Contarás las aventu-
A quien ociosas letu-
Trastornaron la cabe-

Damas, armas, caballe-
Le provocaron de mo-
Que cual Orlando furio-
Templado á lo enamora-
Alcanzó á fuerza de bra-
A Dulcinea del Tobo-
No indiscretos hierogli-
Estampes en el escu-
Que, cuando es todo figu-
Con ruines puntos se embi-
Si en la direccion te humi-
No dirá mofante algu-
Que Don Alvaro de Lu-
Que Anibal el de Carta-
Que el rey Francisco en Espa-
Se queja de la fortu-
Pues al cielo no le plu-
Que salieses tan ladi-
Como el negro Juan lati-
Hablir latines rehu-
No me despuntes de agu-
Ni me alegués con filo-
Porque torciendo la bo-
Dirá el que entiende la le-

No un palmo de las ore-
¿Para qué conmigo flo-
No te metas en dibu-
Ni en saber vidas aje-
Que en lo que no va ni vie-
Pasar de largo es cordu-
Que suelen en caperu-
Darles á los que grace-
Mas tú quémate las ce-
Solo en cobrar buena fa-
Que el que imprime neceda-
Dalas á censo perpe-
Advierte que es desati-
Siendo de vidrio el teja-
Tomar piedras en la ma-
Para tirar al veci-
Deja que el hombre de jui-
En las obras que compo-
Se vaya con piés de plo-
Que el que saca á luz pape-
Para entretener donce-
Escribe á tontas y á lo-

AMADIS DE GAULA A D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Tú, que imitaste la llorosa vida
Que tuve ausente y desdénado sobre
El gran ribazo de la Peña Pobre,
De alegre á penitencia reducida:
Tú, á quien los ojos dieron la bebida
De abundante licor, aunque salobre,
Y alzándote la plata, estaño y cobre,
Te dió la tierra en tierra la comida:
Vive seguro de que eternamente,
En tanto al ménos que en la cuarta esfera
Sus caballos aguije el rubio Apolo,
Tendrás claro renombre de valiente,
Tu patria será en todas la primera,
Tu sabio autor al mundo único y solo.

DON BELLANIS DE GRECIA A D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Rompi, corté, abollé, y dije, y hice
Mas que en el orbe caballero andante;
Fui diestro, fui valiente y arrogante,
Mil agravios vengué, cien mil deshice.
Hazañas di á la fama que eternice;
Fui comedido y regalado amante;
Fue enano para mi todo gigante,
Y al duelo en cualquier punto satisface.
Tuve á mis piés postrada la fortuna;
Y traje del copete mi cordura
A la calva ocasion al estricote.
Mas aunque sobre el cuerno de la luna
Siempre se vió encubrada mi ventura,
Tus proezas envidio, ó gran Quijote.

DEL DONOSO, POETA ENTREVERADO, A SANCHE PANZA Y ROCINANTE.

Soy Sancho Panza escude-
Del manchego Don Quijo-
Puse piés en polvo-
Por vivir á lo discre-
Que el Tácito Villadie-
Toda su razon de esta-
Cifró en una retira-
Segun siente Celesti-
Libro en mi opinion divi-
Si encubriera mas lo huma-

Soy rocinante el famo-
Bisnieto del gran Babie-
Por pecados de flaque-
Fui á poder de un Don Quijo-
Parejas corri á lo flo-
Mas por uña de caba-
No se me escapó ceba-
Que esto saqué á Lazari-
Cuando para hurtar el vi-
Al ciego le di la pa-

ORLANDO FURIOSO A D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Si no eres par, tampoco le has tenido,
Que par pudieras ser entre mil pares,
Ni puede haberle donde tú te hallares,
Invicto vencedor, jamas vencido.
Orlando soy, Quijote, que perdido
Por Angélica vi remotos mares,
Ofreciendo á la fama en sus altares
Aquel valor que respetó el olvido.
No puedo ser tu igual, que este decoro
Se debe á tus proezas y á tu fama,
Puesto que como yo perdiste el seso.
Mas serlo has mio, si al soberbio moro
Y cita fiero domas, que hoy nos llama
Iguales en amor con mal suceso.

EL CABALLERO DEL FEDO A D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

A vuestra espada no igualó la mia,
Febo español, curioso cortesano,
Ni á la alta gloria de valor mi mano,
Que rayo fue do nace y muere el dia.
Imperios desprecié, y la monarquía
Que me ofreció el Oriente rojo en vano,
Dejó, por ver el rostro soberano
De Claridiana, aurora hermosa mia.
Améla por milagro único y raro,
Y ausente en su desgracia, el propio infierno
Temió mi brazo, que domó su rabia.
Mas vos, godo Quijote, ilustre y claro,
Por Dulcinea sois al mundo eterno,
Y ella por vos famosa y sabia.

DE SOLISDAN A D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Magüer, señor Quijote, que sandeces
Vos tengan el cerbelo derrumbado,
Nunca seréis de alguno reprochado
Por hombre de obras viles y soeces.
Serán vuecas fazañas los jóeces,
Pues tuertos desfaciendo habeis andado,
Siendo vegadas mil apaleado
Por follones cautivos y raheces.
Y si la vuesa linda Dulcinea
Desaguisado contra vos comete,
Ni á vuestas cuitas muestra buen talante,
En tal desman vueso conhorto sea
Que Sancho Panza fue mal alcahuete,
Necio él, dura ella, y vos no amante.

DIALOGO ENTRE BABIECA Y ROCINANTE.

SONETO.

B. ¿Cómo estáis, Rocinante, tan delgado?
R. Porque nunca se come, y se trabaja.
B. ¿Pues qué es de la cebada y de la paja?
R. No me deja mi amo ni un bocado.
B. Andá, señor, que estáis muy mal criado,
Pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.
R. Asno sé es de la cuna á la mortaja.
¿Queréislo ver? miraldo enamorado.
B. ¿Es necedad amar? R. No es gran prudencia.
B. Metafisico estáis. R. Es que no como.
B. Quejáos del escudero. R. No es bastante.
¿Cómo me he de quejar en mi dolencia,
Si el amo y escudero ó mayordomo,
Son tan rocines como Rocinante?